

de democracia y desigualdad era insuperable, como había sido en Europa Occidental a fines del siglo XIX e inicios del XX: la izquierda ganó más y con más frecuencia.

La tercera premisa era que este éxito también trajo diversidad y proliferación: no había una única izquierda, no había una izquierda monolítica, no había una izquierda con un mensaje único, un liderazgo, una Meca. La Habana siguió siendo una referencia, pero para muchos era más asunto de nostalgia que de afinidad política; no había un Centro, como la capital cubana y Moscú habían sido desde 1917 hasta 1989. Toda clase de izquierdas surgieron y se desarrollaron: radical, indígena, monote-mática, ambientalista, orientada hacia el campesino, proletaria, populista o marxista, moderada o extremista. Quizá la única característica común era que, cada vez más, todas las subdivisiones de la izquierda aceptaban que la única manera de no ganar poder era a punta de pistola. Aun así, la bendición y la solidaridad ofrecida por el Foro de São Paulo (una organización que vincula ligeramente a todas las autoproclamadas organizaciones de izquierda de la región, incluyendo a los cubanos y a los mexicanos, además de las FARC y los socialistas chilenos) a las FARC colombianas, además del apoyo recibido a través de la región en 1994 por el levantamiento zapatista en Chiapas, muestran que la renuncia a la lucha armada podría no estar tan arraigada como se esperaba. Sin embargo, para el 2006, sólo las FARC en Colombia insistían en ella, y era más un estilo de vida que una estrategia política o ideológica. Sin embargo, fuera de eso, la izquierda en Latinoamérica es más diversa y pluralista que nunca antes, aunque es como una cápsula del tiempo: incluye todas las variedades comunes que han surgido en el último siglo, desde partidos comunistas no reformados hasta socialdemócratas centristas.

La eterna insatisfacción

Pero si la izquierda es tan exitosa hoy en día en la región, y tan poderosa, potencialmente victoriosa o presente en el poder, ¿por qué sigue dejando un sabor de boca amargo a tantos, comenzando, por supuesto, con sus detractores tradicionales, pero incluyendo a sus propios partidarios? ¿Qué la sigue atormentando? ¿Por qué no está muy a gusto consigo misma, satisfecha con su pasado y con confianza en su futuro? Podría haber muchas respuestas a estas preguntas, pero cuatro sobresalen.

Primero, con algunas excepciones, la izquierda latinoamericana aún no concilia algunos asuntos de derechos humanos y democracia representativa. Esto no quiere decir que toda la izquierda está del lado de Chávez en este campo, o que el líder venezolano está totalmente del lado de La Habana en este aspecto. Aún menos significa que no hay sectores importantes, en ocasiones mayoritarios, de la izquierda en Chile, en Brasil, en Uruguay y quizá en algunas otras naciones, para las que esta cuestión ya no es asunto de debate, división y desacuerdo. Pero por cada Ricardo Lagos en la coalición chilena PPD-PS, hay un Camilo Escalona, quien cree que Chile debe apoyar a Cuba en el Consejo de Derechos Humanos de la ONU en Ginebra, que debe apoyar a Chávez en el escándalo de la RCTV en la Organización de Estados Americanos (OEA) y que debe ser solidario con las FARC en Colombia.

La segunda razón de la ambivalencia de la izquierda hacia sus propios logros es la ambivalencia de sus electores. El desempeño electoral de los autodefinidos partidos y candidatos de la izquierda en Latinoamérica desde 1999 ha sido poco menos que asombroso, independientemente del significado exacto de "izquierda" en cada caso, o la explicación precisa de cada desempeño. Pero en encuestas

Si la izquierda es tan exitosa hoy en día en la región ¿qué la sigue atormentando?

¿Por qué no está a gusto consigo misma, satisfecha con su pasado y confiada en su futuro?

de salida realizadas después de cada elección, y en sondeos nacionales como la serie del Latinobarómetro de Chile, aparece un patrón inquietante. Los votantes de la izquierda no se ven como parte de la izquierda; el electorado de la izquierda no se ve como izquierdista; y en temas específicos, la opinión pública en general, y el cuerpo de apoyo de los candidatos de izquierda en particular, no coinciden mucho con principios típicos de la izquierda, con la posible excepción del ser anti Estados Unidos.

En muchos casos la izquierda postula mejores candidatos que sus rivales; muchas veces sus políticas a nivel gobierno funcionan bien. Esto es, en gran medida, la razón por la que gana elecciones hoy en día. Sin embargo, en la mayoría de los casos —las verdaderas excepciones sólo han tenido lugar en Venezuela y, en menor grado, en Argentina— sus políticas son difíciles de distinguir de las de sus predecesores inmediatos, y no parecen explicar sus victorias en las urnas.

Los ejemplos más obvios de esta paradoja muy estudiada son Lula y Fernando Henrique Cardoso en Brasil, y el cambio dentro de la Concertación chilena de un liderazgo Demócrata Cristiano entre 1989 y el 2000, al liderazgo Socialista desde entonces. Si no es fácil para los académicos detectar las diferencias que separan a Lula de Cardoso o Lagos y Bachelet de Aylwin y Frei, no sorprende que los electores no lo puedan hacer tampoco. La izquierda ha estado ganando o avanzando, siempre y cuando sus candidatos, campañas, y competencia en el poder sean simplemente mejores que los de la derecha, pero realmente no porque sus políticas sean tan diferentes.

Esto lleva directamente al tercer motivo de incomodidad. La izquierda en el poder —nacional, regional y localmente— generalmente se ha visto obligada a escoger entre dos opciones desagradables: el regreso populista, nacionalista, estatista al pasado —lo que Roberto Mangabeira Unger llama la izquierda arrojada y fanfarrona— o la administración del presente, competente, generalmente honesta y responsable, humanizada y "más amable y compasiva" —que llama la izquierda bien portada—. Ninguna de las dos izquierdas tiene una razón para sentirse feliz con su propio desempeño, y un cohorte creciente de izquierdistas de Latinoamérica lo saben.

La izquierda "arrojada y fanfarrona" ofrece una variedad de iniciativas de bienestar social, estímulos para el consumo y los salarios, concesiones *ad hoc* a intereses comerciales, y vaguedades nacionalistas. Tiene éxito, aparentemente y durante cierto tiempo, cuando llega después de un desastre económico y puede aprovechar los ahorros y la capacidad no usados (Argentina) o cuando puede recurrir a una riqueza petrolera aparentemente ilimitada (Venezuela). Es casi idéntica en su retórica, sus políticas y su estilo a sus íconos del pasado: Perón, Cárdenas, o Vargas.

La izquierda "bien portada" combina la responsabilidad fiscal, al igual que intentos para ganarse la confianza del capital nacional y extranjero, con una política activa en el bienestar social, la vivienda, la salud, la educación.

Las dos izquierdas tienen cada vez más la opción de parecerse a los otros colores del espectro político, o de progresivamente asemejarse a una caricatura de sí mismos: Morales imita a Chávez, quien imita a Castro y los cubanos, quien invoca a mentores cada vez más desconocidos. Hasta la fecha, nadie ha podido realmente cuadrar el círculo: ser verdaderamente diferente a los demás, y al pasado; al centro y a la derecha, y a la alternativa hipernacionalista, socialmente subsidiada y con una economía planificada.

Ideas para emerger de la angustia

No hay respuestas a la incomodidad de la izquierda más que la práctica, el tiempo y la reflexión. Éste no es el lugar indicado para soluciones; éstas sólo pueden emerger en la práctica, en el trabajo diario de miles de activistas e intelectuales, en sus partidos, gobiernos municipales, parlamentos y universidades.

La región enfrenta un doble reto en los años venideros, y está casi en puerta. El déficit educativo, producto de malas políticas y dramáticos cambios demográficos en el pasado, significa que aún hay millones de niños y jóvenes en toda Latinoamérica actualmente en escuelas, universidades, e institutos técnicos quienes no están siendo educados o capacitados para la economía global, que es donde trabajarán, les guste o no.

Al mismo tiempo, sin embargo, estos países también enfrentan un reto diferente, pero igualmente crucial, derivado del hecho de que su población se ha envejecido de forma precipitada, y su red de seguridad social —que depende, como en Europa Occidental, Estados Unidos y Canadá, estrecha, casi totalmente, de que la gente tenga un empleo— está hecha trizas, y excluye a grandes mayorías de la población. Como consecuencia, las sociedades de Latinoamérica, en gran medida, necesitan educar a sus jóvenes y a la vez edificar un sistema de protección social para sus ancianos; pero también, y de igual importancia, para aquella mayoría de la gente que carece del cuidado de la salud, vivienda, capacitación profesional, una pensión en el futuro y un ingreso mínimo en el presente. Éste es el primer desafío que la izquierda debe abordar.

Una segunda área para la construcción de diferencias para la izquierda radica en construir la legislación, regulación y aplicación antimonopolios tristemente ausentes en la mayoría de las economías y sociedades latinoamericanas. Monopolios públicos y privados en los negocios; monopolios sindicales en el trabajo, tanto en los sectores públicos como los privados en muchos países; monopolios de partidos políticos en la representación electoral en la mayor parte de los países: todas estas concentraciones excesivas de poder y oportunidades se han convertido en obstáculos inevitables al crecimiento y la distribución. No se puede esperar que la derecha y el centro actúen contra los intereses con los cuales están tan entrelazados; pero la izquierda tradicionalmente ha descuidado la regulación antimonopolio. Primero, porque creía en los monopolios públicos, y pensaba que los privados eran un producto inevitable y pasajero del capitalismo monopolístico; y, segundo, porque se beneficiaba inmensamente de los monopolios sindicales en el sector público: maestros, empleados gubernamentales, los grandes sindicatos en el sector paraestatal de la economía (petróleo, minería, acero, energía eléctrica, ferrocarriles, etcétera). Es hora